

Para ignorar el ardor de las llagas

Carlos Quitanilla



Carlos Quintanilla

**PARA IGNORAR EL ARDOR
DE LAS LLAGAS**



Trato de escribir en la oscuridad tu nombre

JAIME SABINES

NOMBRES

Felipe

Te recuerdo que moriremos algún día

MAURICIO ORELLANA SUÁREZ

Me vuelvo un hombre agónico
que en su rostro ondean los naufragios de sus hijos.
Mis ojos se cubren con un manto blanquecino
para secarse junto al perfume de las flores.
Ya no hay persona a quien reconozca,
solo una *cuatrita* despiadada
que me observa en la mudez de la longevidad.
Soy un tumulto de historias risueñas
que han sido contadas por voces que no existen.
Ahora el viento intenta calmarme con un trémulo sopro
que escapa a morir en el interior de mis pulmones.
Soy un abuelo ausente experimentando la libertad
de morir sabiendo que mi nieto no era maricón.
Desapareceré sin haberme sumergido

en los mares púlicos de Susana;
mi lengua busca el sabor de los duraznos
que nacen en Bolivia o Argentina.
Me vuelvo un ser que ignora la soledad
y espera morir bajo los escombros del tiempo.

Argos

[...] los dioses lloran cuando muere el perro

que les lamió las manos

MIGUEL DE UNAMUNO

En el asfalto sucumbe un ladrido trémulo

y tengo la certeza que nadie llora por él.

Billy «the kid»

*El revólver, una pista falsa,
nada puede matar, a nadie*

JACK SPICER

William es un niño temeroso
que no puede tomar un revolver entre sus manos
después de matar los álamos
que graznaban cerca de su oído.

Carlos

Yo también fui niño que se alimentó
en medio de los muertos.

Aprendí a escribir mi nombre
en el rostro veraniego de las mujeres.

Surqué los semáforos en busca de una sonrisa corroída
—te digo— la encontré
en el pómulos abierto por un disparo solitario
y en las gafas plásticas de un poeta prófugo.

En las esquinas me dejaba llevar por la paranoia,
adentro mío rasguñaban caricias cobardes de las mujeres.

El magullado llanto de sus bocas
eran puños de agobio en el escuálido pecho
donde se escondían mis plegarias y temores de miel.

Hablé la lengua de los extraños;
las letras eran hilvanadas con la virginidad de mi ser.

También fui un niño que jugó a ser criminal
y llegó a dibujarle una estela humeante a sus dedos.

Como toda alma inocente,
también llegué a quitarle plumas
a las quimeras de la iglesia.

Llegué a bailar bajo el sol acalambrado
cuando las piernas aun no eran atisbo
de piedras fulminantes.

Yo también fui niño
que ingirió cenizas por las pupilas;
fui un niño
que alguna vez pecó y quedó en silencio.

Aída

Amor, bostezando a un lado mío,
observo las cúpulas de tu pecho
y sé que ahí guardas las diatribas
que ahogan mis blasfemias.

Israel

Mi abuelo tiene unas botas de charro,
cada una con zarpazos en los tacones.

Las tiene resguardadas en las penumbras del alba
y no las ha lucido desde que vaciló en dispararle
a una lata de cerveza postrada en la cabeza del silencio.

Con sus manos las limpia,
siempre esparciendo su saliva
que nace infértil debajo de su abatida lengua;
quita la desdeñada sangre de las suelas
con un paño deshilachado por el tiempo
hasta decolorar el llanto de la décima luna de 1979.

Dice que son el pleonasma de su reiterado silencio,
que lo han visto sufrir los canticos de aves migrando
al sur por las noches, la pérdida de cabello

que lo ha convertido en una vasija
donde yacen los fantasmas de sus estudiantes
y las enfermedades cónicas que afectan al pecho.

Mi abuelo tiene unas botas de charro,
que no han vuelto a disipar el frío de sus pies.

Augusto

El patrón se divierte escuchando los quejidos
de los niños cuando cae la noche.

Ríe mientras un bálsamo sanguíneo borbotea
dentro de los dedos musgosos
y corre sobre las hebras de piel
de los que juegan con carros de lámina.

Debajo de una mueca burlona
oculta su vahído semental.

Los viste como sus padres etílicos;
los hace actuar como las madres
que no reconocen la graffa de sus llantos.

Juega a estrangularlos
con las pitas de los petates;
les pide leer las fisuras de las nubes
para ignorar el ardor de las llagas
que les provoca en las piernas.

Al patrón le gusta empotrar su voz
en el tímpano de los pequeños,
clavar su enardecido cigarro
en el bisbiseo y la oquedad de sus labios.

Luis

Juega a escabullirse en las sombras
que germinan de los conacastes.

Del rocío espera la tranquilidad que le sepa a sueño.

Le gusta pepenar los llantos de las aves
entre los nervios de un almendro;

yace en la grama tejiendo plumas
para vestir su desnudez con un manto de silencio.

Su risa se sitúa en la sangre
y en los nidos de gorriones que han asesinado.

Tiene la costumbre de travesear el olvido
como si fuera el cabello de su madre;
los alambres de las cercas marcan sus manos
con tubérculos embusteros de angustia.

Participa en escaramuzas
cuando el premio le calma el hambre.

Luis deja de ser cría adormecida
cuando disputa con el corvo el amor de unos pechos caídos.

*¿Soy flor o estirpe de una especie oscura
que come llagas y que bebe el llanto?*

DELMIRA AGUSTINI

LLAGAS

Rostro

A Dolores Padilla

*Ya que no bastan —pensaba—
los huesos y la carne para construir un rostro*

ERNESTO SÁBATO

He intentado buscar tu rostro
debajo de las sábanas grisáceas
que ocultan tu osamenta.

Las canciones de tus labios
ya no causan ternura al oído;
ahora desgranar arpegios de angustia.

Sé que el esqueleto de tu palabra
yace bajo la funda que te he puesto
con mis manos temblorosas;
en las yemas de mis dedos resguardo

el olor ciprés de tus pies dolientes:

el perfume de los caminos

y la soledad que te acompañaba.

Por última vez, he palpado tus arrugas

para terminar exclamando

que necesito esconderme en ellas

como hacía cuando criabas mi inocencia.

Dibujaré un cordero

Hace millones de años que los corderos

a pesar de todo se comen las flores

ANTOINE DE SAINT EXUPÉRY

Los niños buscan un cordero
donde puedan reposar sus cabezas
para yacer impetuosos en el silencio;
que no coma hierbas provenientes
de las manos oscuras del hombre,
ni lastime las endiosadas flores de la virginidad.

Les dibujaré uno: simple, triste, blanco;
que nazca de las lívidas pulsaciones
de mis sacras escrituras entreabiertas.

Su belleza radicará en su tórrida naturaleza;
tendrá ojos flamígeros,
destilará rencor en su respirar,
su pelaje será una fauna de antorchas

que cauterizarán las voces de los rosales.

Mi cordero no tendrá una herida impelente
que brote sangre en su costado izquierdo,
tampoco multiplicará sus mordaces clamores
para profesar la cordura y la pasión de los zorros.

Mi cordero amará a los niños, se alimentará
de mi carne y dormirá a gusto bajo la lluvia.

Los pájaros

A Rafael Mendoza

Nacen desnudos sobre botones de orquídeas alborotadas;
crecen entre pasajes quejumbrosos,
se alimentan dentro de jaulas de plomo.
Uno a uno, picotean el cadáver de un Cheje.
Suelen sorber la sangre atrapada en sus plumas,
devorar el alpiste escondido de su carne,
hasta dejar al descubierto los huesos de un Jilguero.

Los niños y las nubes

Los niños observan las nubes
cuando ignoran su existencia.

Por las tardes se reúnen
en búsqueda del poniente
y esperan encontrar los signos
que los libere del infortunio.

Su despoblado delirio construye sarcófagos blancos
donde reposan sus gráciles ojos y los clamores
que citan las congojas de la melancolía.

En las montañas flotantes,
desgranán sus pupilas dilatadas
para encontrar la parvada de aves
que espantaron en las basílicas;
esperan hallar los tigres ardiendo
entre las convexas líneas de vapores;

localizar la figura de un perro andando
entre las fisuras del viento.

Los niños buscan las ruinas de sus miradas
en el desierto blancuzco del vacío
antes que se aproxime un breve diluvio.

Ritos

Bautizaré a mi hija con la tierra y sangre
que nace en las líneas de mis manos.

Le diré que somos seres acobijados
por el amor de un dios de cal;
perseguiré al cordero que dibujaré
a través de sus ignotos reclamos.

Untaré bálsamo en su frente
y el aroma de azucena arderá
para que pueda respirar el sudor
de los ascetas que mueren en las calles.

Pondré en su lengua granos de sal
para que cumpla con las obras faltantes de Dios.

Extraeré el aceite de los olivos
y lo esparciré en su frente

con el fin de formar una cruz

donde mueran los recuerdos de su madre.

Al final, aprenderá que un disparo será el rezo

que su padre pronunciará en el éxtasis de las lágrimas.

Muerte en marzo

*Canta el verano, y en aquellas paredes
endulzadas de marzo,
lloriquea, gusanea la arácnida acuarela
de la melancolía*

CÉSAR VALLEJO

De mis brazos arranca cuatro cardos
para formar el sahumerio que frotarás
entre las diferentes capas de tu cuerpo.

Nombra a nuestra hija «Josefa»,
muéstrale aquella esquina de nuestro hogar
donde duermen las crías de ratas
y procura que haga con ellas un nuevo país.

Esconde las canciones que he escrito,
sumérgelas en los hoyuelos del sillón,
entrégalas a los espíritus inquietos

que yacen en las dunas de tus oídos
o cántalas al son de ácaros invadiendo
toda aquella desnudez que ves en los jardines.

Déjame morir en marzo
y permite a los insectos alimentarse
con tu savia que resguardo entre mis dedos.

Mis manos son cuna de escarabajos

que se yerguen en sus patas traseras
para escuchar los vestigios de mi memoria,
el cántico sobre la tierra y sus olores,
los nombres de aquellos frutos
que mi madre cultivó alrededor de sus caderas,
de mis uñas siendo bautizadas con el perfume
de langostas que migran al olvido.

En los vellos de mis brazos corren sus voces idílicas
reclamándome porque he sepultado los cadáveres
de mis hijos en un jardín que no conocen.

Los escarabajos de mis manos borbotean odio
porque no encuentran rastros de flores en mis dedos
y mucho menos, los cuerpos de los colibríes
que estrangulé en la húmeda palabra de la infancia.

Made in China

Es de tarde,
una niña esparce su saliva
sobre el rostro de un oso de felpa;
su pequeña silueta recuerda
los frágiles palillos que se muerden
para ocultar las agonías del escritorio.

Miro su cara
como cría de alce escondiéndose
tras hojarascas que arderán
al escucharse el bramido de los rifles.

Con sus manos quiebra distancias
entre las risas y los silencios heridos
por la maquinaria oxidada de Oriente.
Sus dedos están hechos de cartón deshilándose
debido a las gotas del aceite hirviendo

expulsadas por la bestia metálica
que mató a su padre en la sordes del alba.

Es de noche,
una niña abandona un oso de tela,
sin saber que dentro de él
se esconde el canto de sus hermanos.

Sopa de letras

Cuando mis labios se sumerjan
en las letras que flotan dentro del tazón,
el *kraken* del mediodía ahogará el barco
que navega en el mar estremecido de la garganta
y ahí encontraré el nombre de mi padre yaciendo
en la cercanía de una colonia de corales.

Máscara

Detrás de mis anteojos no hay hombre
que de tan viejo funde un ejército de su sombra.
Atrás de estos cristales, hay un anciano
crujiendo los dientes, dejando caer sus colmillos;
contando los dedos de sus manos,
porque la escritura es la búsqueda del hocico que aúlla
cuando el esqueleto de la palabra se olvida.
Al otro lado de estos vidrios, he visto las sombras
que pertenecen al evangelio de las pestañas
y las muecas que hago para sentirme Allen Ginsberg.

CARLOS QUINTANILLA



(Santa Ana, El Salvador). Licenciado en Ciencias del Lenguaje y Literatura de la Universidad de El Salvador. Ha participado en diferentes eventos y lecturas a nivel nacional e internacional. Su poesía ha sido publicada en diferentes revistas impresas y digitales de El Salvador, Guatemala, Colombia, México y Perú. Entre sus publicaciones tanto literarias como académicas se encuentran: “La influencia semántica y función del morfema —a— como prefijo y sufijo en las palabras de El Salvador” (2019, Morfología y sintaxis del español de El Salvador, artículo científico), “Entre

fusiles, guiones de telenovela y cobardía: reseña y opinión sobre la novela Si te pudiera mentir de Berne Ayalá” (2020, reseña) y Sanguaza (2021, Editorial Navegando Sueños, poemario).

Índice

NOMBRES.....	3
Felipe.....	4
Argos	6
Billy « <i>the kid</i> ».....	7
Carlos	8
Aída.....	10
Israel.....	11
Augusto	13
Luis	15
LLAGAS.....	17
Rostro	18
Dibujaré un cordero.....	20
Los pájaros.....	22
Los niños y las nubes	23
Ritos.....	25
Muerte en marzo	27
<i>Made in China</i>	30

Sopa de letras.....	32
Máscara.....	33
CARLOS QUINTANILLA.....	34



Título: Para ignorar el ardor de las llagas.

Autor: Carlos Quintanilla.

Edición digital Hoja en blanco. Mayo, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

